



«Las mujeres no serán iguales fuera del hogar mientras los hombres no sean iguales dentro de él».
Gloria Steinem

«El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos -los futuros trabajadores- cuidándoles desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. Esto significa que tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto».
Silvia Federizzi (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: *Traficantes de Sueños*, p. 56.

«Cuando las mujeres que trabajan en casa pasan la mayor parte del tiempo atendiendo las necesidades de otras personas, los hogares se convierten en un lugar de trabajo para ellas, no en un lugar para relajarse, sentirse cómodas y disfrutar. El trabajo fuera del hogar ha sido siempre más liberador para las mujeres solteras (muchas de las cuales viven solas y pueden ser o no heterosexuales). La mayoría de las mujeres no puede siquiera encontrar un trabajo satisfactorio y su participación en la población activa está reduciendo su calidad de vida en el hogar».
bell hooks (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: *Traficantes de sueños*, p. 76-77.

«Las enervantes obligaciones domésticas descargadas sobre el conjunto de las mujeres proporcionan una muestra flagrante del poder del sexismo. A raíz de la injerencia añadida del racismo, un ingente número de mujeres negras ha tenido que hacer frente a sus propias labores del hogar y, también, a las tareas domésticas de otras mujeres».
Ángela Davis (2016). *Mujeres, raza y clase. El sudamericano*, p. 267.

«Las expectativas sobre el modo en que operan la raza y el género son simultáneamente altas y bajas, dependiendo de quién mira o pregunta. Prefiero mantener todas las opciones en el aire, para tratar de comprender mejor el complejo rompecabezas que crea la desigualdad, no solo en la cultura, sino también internamente».

Kara Walker

«La guarida es un lugar protegido en el que se puede entrar para encontrar refugio. Además, cuenta con una puerta trasera por la que uno puede escaparse. De lo contrario, no sería una guarida. Una guarida no es una trampa».

Louise Bourgeois

«Las diferencias categóricas de identidad entre términos tales como artista y mujer fueron pues históricamente producidas en el marco de la formación social del orden burgués. La revolución burguesa fue, en muchos sentidos, una derrota histórica para las mujeres y creó una configuración especial del poder y la dominación con la que nosotras, como mujeres, tenemos que luchar. Ésta es la historia de su consolidación, es decir, de las relaciones sociales burguesas y de sus formas ideológicas dominantes, que tenemos que analizar y subvertir. De ahí que la relación entre marxismo e historia del arte feminista no sea un “matrimonio” (Hartman), ni embonen juntas. Debe ser la incursión fructífera del marxismo (por sus instrumentos explicativos, por sus análisis de las operaciones de la sociedad burguesa y sus ideologías) la que nos permita identificar las configuraciones específicas de la femineidad burguesa y sus formas de mistificación que velan la realidad de los antagonismos sociales y sexuales que, negándonos visión y voz, nos privan del poder».

Griselda Pollock (2007). *Visión, voz y poder: historias feministas del arte y marxismo. México: Universidad Iberoamericana Biblioteca Francisco Xavier Clavijero* p. 79.

«Escribir y criar sucede en un mismo espacio, la casa, y quizá por eso todas las escritoras madres buscan aún con más ahínco “la habitación propia” de Virginia Woolf. Y si es con cerrojo, mejor».

Aloma Rodríguez

«Los dejaba en la escuela y volvía corriendo a casa para escribir; me sentaba en el amplio antepecho de la ventana de su dormitorio, que era bastante profundo, y escribía en unos blocs de notas comprados en Irlanda llamados Aisling, que en gaélico significa sueño o visión. (...) Cada día a las 13.45, hora a la que llevaba a mi marido su bandeja con té Earl Grey y dos tostadas ligeramente quemadas con un poco de aceite de oliva, soltaba el bloc de notas con la esperanza de que el capítulo del día siguiente se mantuviera intacto en mí».

Edna O'Brien (2018). *Chica de campo. Madrid: Errata Naturae*.

«Y, luego, me nacieron hijos, y, al principio, cuando eran muy pequeños, no lograba comprender cómo se podía hacer para escribir teniendo hijos. No comprendía cómo podría separarme de ellos para seguir a un personaje dentro de un cuento. Había empezado a despreciar mi oficio. De vez en cuando sentía una desesperada nostalgia de él, me sentía exiliada, pero me esforzaba por despreciarlo y ridiculizarlo para ocuparme

sólo de los niños. Creía que era esto lo que debía hacer. Me preocupaba de la papilla de arroz, de la papilla de cebada, de si había o no había sol, de si hacía o no hacía viento para llevar a los niños de paseo. Los niños me parecían demasiado importantes para que una se pudiera perder detrás de estúpidas historias, de estúpidos personajes embalsamados. Pero sentía una feroz nostalgia y algunas veces, de noche, casi lloraba recordando lo bonito que era mi oficio. Pensaba que volvería a él algún día, pero no sabía cuándo; pensaba que tendría que esperar a que mis hijos llegaran a hombres y se separaran de mí. Porque el que tenía entonces por mis hijos era un sentimiento que aún no había aprendido a dominar. Pero luego lo aprendí poco a poco. Y no tardé tanto como creía. Todavía preparaba el zumo de tomate y la sémola, pero mientras pensaba en las cosas que iba a escribir».

Natalia Ginzburg (2002). *Mi oficio. Barcelona: Acantilado.*

«La retórica de la posguerra se aplicaba a desprestigiar los conatos de feminismo que tomaron auge en los años de la República y volvía a poner el acento en el heroísmo abnegado de madres y esposas, en la importancia de su silenciosa y oscura labor como pilares del hogar cristiano. Todas las arengas que monitores y camaradas nos lanzaban en aquellos locales inhóspitos, mezcla de hangar y de cine de pueblo, donde cumplí a regañadientes el Servicio Social, cosiendo dobladillos, haciendo gimnasia y jugando al baloncesto, se encaminaban, en definitiva, al mismo objetivo: a que aceptásemos con alegría y orgullo, con una constancia a prueba de desalientos, mediante una conducta sobria que ni la más mínima sombra de maledicencia fuera capaz de enturbiar, nuestra condición de mujeres fuertes, complemento y espejo del varón. Las dos virtudes más importantes eran la laboriosidad y la alegría, y ambas iban indisolublemente mezcladas en aquellos consejos prácticos, que tenían mucho de infalible receta casera. De la misma manera que un bizcocho no podía dejar de esponjar en el horno, si se batían los huevos con la harina y el azúcar en la proporción recomendada, tampoco podía haber duda sobre el fraguado idóneo de aquellos dos elementos —alegría y actividad—, inexcusables para modelar la mujer de una pieza, la esposa española».

Carmen Martín Gaité (2018), *El cuarto de atrás. Madrid: Cátedra, p.44-45.*